

vió en posesion de un tesoro, que prefería á todas las riquezas del imperio. Tomó una parte de esta cruz para llevarla á su hijo: y encerrando la otra en una urna de plata la puso en manos del obispo de Jerusalem, para que se depositase en la Iglesia que Constantino habia mandado erigir sobre el santo sepulcro. Este edificio se construyó con una magnificencia digna de la santidad del lugar: abrazaba en su recinto al sepulcro, y se estendia hasta el Monte Calvario. Hizo tambien Santa Elena edificar otras dos Iglesias, una en el parage de donde el Salvador subió al cielo, y otra en Belén, donde nació: no se limitaba su piedad á la pompa de estos edificios, repartió tambien sus beneficios en todos los lugares por donde pasó: socorria con limosnas abundantes á los pobres, á los huérfanos y á las viudas: tenía particular aficion á las vírgenes consagradas á Dios: reunió un dia todas las que habia en Jerusalem, y les dió una espléndida comida en que ella misma quizo servir las. No sobrevivió mucho tiempo despues de su viage á Jerusalem: el Señor se habia servido de la conversion de su hijo para atraerla al cristianismo, y lo abrazó con un corazón sincero y un espíritu ilustrado. Llena por último de méritos delante de Dios y de los hombres: murió de edad de ochenta años en los brazos de Constantino, que se mostro en estos últimos momentos de la vida de su madre, fiel á los deberes de la piedad filial, que siempre habia cumplido con exactitud.

el

(AÑO 306 DE JESUCRISTO.)

INSTITUCION DE LOS SOLITARIOS.—S. Antonio.

Luego que cesaron las persecuciones, dió la Iglesia al mundo un espectáculo tan edificante como el de los mártires: se vieron entonces los desiertos poblados de solitarios, cuya vida era toda angelical. Ya antes se habian retirado á ellos algunos cristianos fervorosos á quienes daban el nombre de Ascéticos, que renunciando los negocios del mundo, se aplicaban á los ejercicios de la oración y mortificación; pero estaban solos, bastante inmediatos á las ciudades y poblaciones, en lugar de reunirse entonces en el desierto, y formar comunidades. San Antonio que fué el autor de esta nueva institución, habia nacido en Egipto de padres nobles, ricos y virtuosos, que lo educaron cristianamente y lo preservaron de los peligros de la juventud; pero le faltaron cuando era aun de diez y seis años. Un dia habiendo oído leer en la Iglesia estas palabras del Evangelio: *Si vis perfectus esse vade et vende quae habes, et da pauperibus, et habebis thesaurum in caelis*, como si á el se las hubiesen dicho volvió á su casa, vendió todos sus bienes y distribuyó el precio á los pobres: retirándose despues á una soledad, se ocupó únicamente en el negocio de su salvacion: se ejercitaba en obras de penitencia para domar su carne, y con el trabajo de sus manos, procuraba su

subsistencia, y el socorro á las necesidades de los pobres: animado de una piadosa emulacion cuando oía hablar de algún siervo de Dios, iba al punto á encontrarle para recibir alguna instruccion ó ejemplo que pudiese practicar ó imitar: por este medio llegó á ser bien pronto un perfecto modelo de todas las virtudes. El comun enemigo no podia ver sin despecho lo que presagiaban tan felices principios, y recurrió á toda clase de tentaciones para derribarlo. El jóven solitario triunfó de todas con el auxilio de la oracion y la mortificacion: su lecho era una estera, y frecuentemente se acostaba sobre la tierra desnuda: no comia sino una sola vez al día despues de puesto el sol, y solamente pan con un poco de sal: no bebia mas que agua: su vestido consistia en un cilicio, un manto de cuero ó piel de carnero, y un capúz. Como el Espíritu Santo le destinaba para poblar los desiertos, lo condujo á la soledad en lugares mas retirados. Antonio atravesó el Nilo, y se internó en la Tebaida: despues de haber permanecido mucho tiempo separado del comercio de los hombres, Dios que queria dar á conocer á su siervo, le honró con el don de los milagros: las curaciones que hizo, le atrageron bien pronto un gran número de discípulos, que deseaban vivir bajo su direccion. Se vió obligado á edificar un gran número de monasterios para recibirlos. Antonio instruía á sus discípulos, tanto en particular, como en comun; y les prescribia las piadosas reglas que debian observar. "Que jamas se borre de vuestro espíritu la eternidad (les decia) pensad diariamente por la mañana, que vuestra vida acaso no llegará al fin del día: y por la noche, que por ven-

tura no amanecereis el dia siguiente: ejecutad cada una de vuestras acciones como si ella fuese la última de vuestra vida: velad continuamente contra las tentaciones, y resistid con valor las sugestiones y combates del demonio: este enemigo es muy débil cuando se le sabe desarmar: mucho le hace temer el ayuno, la oracion, la humildad y las buenas obras; la señal de la cruz es poderosa para disipar sus prestigios é ilusiones: sí, esta señal de la cruz del Salvador, que le ha despojado de su poder, basta para hacerle temblar." Instruidos con estas lecciones los discípulos de Antonio, fueron un objeto de admiracion para el mismo San Atanasio. Sus monasterios, dice, son como otros tantos templos, donde se emplea la vida en cantar salmos, leer, orar, ayunar y velar: donde la esperanza de los monges está puesta únicamente en los bienes eternos; donde se hallan unidos por una caridad admirable, y donde menos trabajan para su sustento que para el socorro de los pobres: es como una vasta region, separada enteramente del mundo, donde sus felices habitantes no tienen otro cuidado que el de ejercitarse en la justicia y la piedad.

(AÑO 329 DE JESUCRISTO.)

S. HILARION ESTABLECE ALGUNOS MONASTERIOS EN PALESTINA.

Lo mismo que San Antonio habia hecho en Egipto, San Hilarion su discípulo hizo en la Palestina

y en la Siria: él fué el primero que estableció allí algunos monasterios, y formó los solitarios. Los padres de Hilarion eran idólatras; pero prevenido desde su infancia con las bendiciones de Dios, abrazó el cristianismo á la edad de doce años. Desde la aldea de Tábatá, lugar de su nacimiento, le enviaron á estudiar á Alejandría. A mas de las ciencias humanas, se habia instruido allí en la inestimable ciencia de la salvacion. Para perfeccionarse mas y mas en ella, procuró tratar á San Antonio, y estuvo algun tiempo en su compañía: se instruyó en el método de su vida, en la continua oracion, en la humildad, en la perseverancia, en el trabajo y austeridades. Saliendo de esta excelente escuela, volvió á su patria con algunos monges, para practicar en la soledad el mismo género de vida. Muertos sus padres distribuyó á los pobres sus bienes, y se retiró con sus compañeros al desierto, que desde la ciudad de Gaza se estendia á gran distancia por las riberas del mar. Este desierto estaba lleno de salteadores que corrian continuamente por todo aquel espacio, para sorprender á los caminantes ó despojar á los navegantes que se habian libertado de alguna tempestad. No hacia mucho tiempo que Hilarion ocupaba aquel desierto, cuando entraron estos bandidos á su celda: salió á recibirles con un aire tan firme, que ellos se sorprendieron; pues que, le dijo uno de ellos, no nos temes? y por qué os he de temer respondió Hilarion; cuando yo nada tengo? Podemos sin embargo, quitarte la vida. Cuando no se tiene apego á ninguna cosa de este mundo (respondió el jóven solitario) poco temor causa dejarlo. En efecto, Hilarion no vestia mas que un

saco ó túnica de pieles que le habia dado San Antonio: su lecho consistia en una estera de juncos tendida sobre la tierra, y su celda apenas igualaba en estension á su cuerpo, parecida mas bien á un sepulcro que á una habitacion: seis onzas de pan de cebada y algunas yerbas cocidas era cada dia su único alimento. Un método de vida tan austero, no le impidió llegar á la edad de ochenta años: su ocupacion era labrar la tierra y hacer cestas de juncos: en su trabajo meditaba el sentido de las divinas Escrituras, que habia aprendido de memoria. Dios para manifestar la santidad de su siervo, le concedió el don de hacer milagros, y las curaciones maravillosas que obró, le atrajeron una multitud de discípulos: muy pronto se vió la Palestina llena de monasterios. Cuando visitaba á los solitarios que estaban bajo su gobierno, le rodeaban como tres mil. Apartó de la idolatría á muchos pueblos, conmovidos por los milagros de que eran testigos; pero como turbaban su soledad con frecuentes visitas, y afligian igualmente su humildad con el respeto que daban á su virtud, se quejaba diciendo: ¡ay de mí! yo he vuelto nuevamente al siglo, y he recibido mi recompensa en esta vida. Quiso pasar á un lugar donde no fuese conocido; pero esta nueva se estendió, y la Palestina quedó consternada como de una pública desgracia. A cualquier parage á donde iba, le seguian como á un hombre de Dios, que tenia el poder de curar las enfermedades, espeler á los demonios, y de obtener con sus oraciones la conversión de las almas. Cuando curaba á alguno añadía siempre alguna instruccion á este beneficio, y procuraba hacerle comprender cuán

to mayores y mas temibles son las enfermedades del alma; y que debia con mas empeño curarse de ellas. Sin embargo de haber sido su vida tan penitente y llena de buenas obras, el temor de los juicios de Dios le hacia temblar, cuando estaba cercana su muerte, y se escitaba la confianza con estas espresiones: sal alma mia, sal ya, ¿por qué te inquietas y temes? tú has servido á Jesucristo setenta años, ¿y temes la muerte?

VIDA DE LOS SOLITARIOS.

LA vida de los solitarios tenia por objeto arribar á la perfeccion cristiana por la práctica de los consejos evangélicos, es decir, por la perfecta continencia y la pobreza. Para conseguir este fin, se valian particularmente de cuatro medios: de la soledad, trabajo de manos, ayuno y oracion. Se retiraban de toda poblacion, y se internaban en los desiertos, á donde no se podia llegar sino despues de un dilatado camino. Estos desiertos no eran espaciosas florestas, ni terrenos fecundos que se pudiesen demontar y cultivar; eran lugares no solamente inhabitados, sino inhabitables, valles áridos y montañas estériles, escarpadas y horribles rocas. Los solitarios se acomodaban en aquellos parages donde encontraban agua: en ellos fabricaban sus pobres celdas de madera ó de cañas: allí retirados de todo objeto que pudiese escitar las pasiones, se esforzaban

en adquirir aquella pureza de espíritu, cuya recompensa es la vista de Dios: se ejercitaban en destruir los vicios y practicar todas las virtudes con mas libertad, y un écsito mas seguro: combatian la avaricia con la pobreza, y con la fidelidad con que se despojaban de toda propiedad: domaban la pereza con el continuo trabajo: este no les ocasionaba dissipacion alguna, ni les turbaba la presencia de Dios: consistia en hacer ésteras ó cestos de junco; por este medio logran la doble ventaja de evitar la ociosidad y subvenir á su subsistencia sin ser gravosos á los demas. Como gastaban muy poco, se hallaban siempre en disposicion de hacer limosnas abundantes, y no dejaban de distribuir á los pobres lo que les sobraba diariamente del precio de sus obras: todo el año ayunaban á escepcion de la pasqua, y los domingos, su comida era únicamente pan y agua. La cantidad de pan, se limitaba á una libra romana: esto es á doce onzas por dia, distribuyendo en dos tiempos su escasa refeccion, una á las tres de la tarde, y otra en la noche: se habian sujetado á esta medida despues de sábias reflexiones, y guiados por una constante esperiencia; pues esto bastaba para mantener sus fuerzas, y hacerlos capaces de trabajar mucho y dormir poco. En efecto, este régimen austéro prolongaba su vida, y fortificaba su salud: ordinariamente llegaban á una avanzada ancianidad, sin padecer enfermedades: San Antonio, su Patriarca, vivió mas de cien años: arreglaban su oracion con la misma sabiduría: se reunian á practicarla dos veces al dia; en cada una rezaban doce salmos, interpoladós con oraciones, y al fin añadian dos lecciones de la Escritura. Can-

766
 taban los monges, alternando cada uno un salmo, estando en pié en medio de la asamblea: todos los demas lo oían con atencion sentados, y guardando un profundo silencio, sin fatiga ni movimiento alguno de su cuerpo. Para soportar despues el ayuno y el trabajo, lo restante del dia se ocupaban en trabajar encerrados en sus celdillas: conocian bastante que nada es mas propio para fijar en Dios sus pensamientos é impedir las distracciones, que esta continua ocupacion: la obediencia era el remedio eficaz que oponian al orgullo que es al hombre tan natural, al paso que no le es conveniente: se sujetaban como niños á sus superiores; sin embargo de ser sus comunidades tan numerosas, estaban bajo la direccion de un mismo Abad; pues en poco tiempo se multiplicaron sumamente, y una vida tan mortificada, llegó á ser comun entre los fieles: los desiertos se poblaron de santos penitentes, que ejercitaban contra sí mismos una justicia mas severa que la de los jueces contra los criminales. Se vió entonces á los inocentes castigar en ellos mismos con un rigor increíble, la mala inclinacion que todos tenemos al pecado. Hubo por último tantos solitarios, que de todos ellos, los mas perfectos se vieron en la necesidad de buscar otras soledades mas retiradas. Tan gustosa les era la fuga del mundo y la vida contemplativa. Tales han sido los frutos de virtud que ha producido el Evangelio. La Iglesia no ha sido mehos rica en ejemplos, que en preceptos, y se ha manifestado santa su doctrina, produciendo una infinidad de santos.

7. rezaban doce salmos, intercalados con oraciones. En el fin añadan los lecturas de la Escritura.

767
 (AÑO 319 DE JESUCRISTO.)

HEREGIA DE ARRIO.

El infierno, dice San Cipriano, viendo destruidos los ídolos, inventó un nuevo medio para turbar la paz de la Iglesia: este fué la heregia y el cisma: pretendió alterar la fé y romper la unidad; pero dándole nuevos ataques, le dió igualmente motivo de nuevos triunfos. Ya habia habido heregias; mas ni habian sido tan ecsaltadas ni de efectos tan funestos como el arrianismo. Arrio, sacerdote de Alejandria, hombre turbulento y ambicioso, aspiraba á la silla episcopal de esta gran ciudad; pero frustradas sus esperanzas, por la eleccion de S. Alejandro, no escuchó mas que á su envidia y resentimiento: procuró desacreditar la doctrina de este santo prelado, oponiendo á ella, otra del todo nueva. El orgullo fué el que dió origen á sus heregias; mas el heresiarca tenia gran cuidado de encubrirlo: una afectada modestia, un exterior mortificado en una edad ya avanzada, acreditaban á este novator, y contribuyeron á grangearle algunos prosélitos. Tuvo la osadia de atacar y negar la divinidad de Jesucristo, adelantándose á decir que el Hijo de Dios no era en todo igual á su Padre. Esta doctrina hasta entonces desconocida, y contraria á lo que siempre se habia creído, causó un ge-

neral escándalo: fué vista con horror, y se declaró contra ella, como blasfema é impía. Este era el clamor de la fé que repugnaba la novedad. San Alejandro procuró primero atraer á Arrio con amonestaciones caritativas, y usó para con él de una paciencia estremada; pero viendo que su dulzura y sus paternales exhortaciones eran inútiles, y que la impiedad comenzaba á estenderse, levantó con fuerza la voz, y excomulgó al heresiarca en un sínodo, compuesto de todos los obispos sus sufragáneos: escribió al papa y á todos los demás obispos de la cristiandad lo que pasaba, para advertirles del peligro que amenazaba á la Iglesia, y dar igualmente mas peso á su juicio. Este golpe aterró á Arrio; pero no abatió su orgullo: se retiró á la Palestina, donde se hizo de algunos partidarios: de allí pasó á Nicomedia, ordinaria residencia del emperador, y procuró atraer á su partido al obispo Eusebio, que vino á ser su principal apoyo. Viéndose sostenido, se esforzó á estender su dogma impío entre la plebe. Con este fin compuso algunos cánticos en los que hizo propagar sus errores; por este medio fácil, el pueblo bebió el veneno casi sin percibirlo. El emperador miró con dolor esta division funesta: habló á Eusebio, y este procuró persuadirlo de que el mal no provenia de otro origen, que de la aversion que tenia el obispo Alejandro contra el sacerdote Arrio; y que á su piedad convenia detener los progresos, imponiendo á ambos silencio. Engañado Constantino de este modo, creyó que bastaba escribir á Alejandro y Arrio, exhortándoles á que se reuniesen en sentimientos. En vista de esto, envió á Alejandría á Ossio, obispo de Cór-

doba, en quien tenia particular confianza. Era este un viejo respetable: tenia treinta años de obispo, y habia confesado la fé en la persecucion de Maximiano, y su fama se habia estendido por toda la Iglesia: reunió allí un sínodo numeroso: nada omitió para conciliar los espíritus; mas los encontró en tal fermentacion, que se vió en la necesidad de volver á Nicomedia, sin haber logrado su intento. Arrio y sus partidarios por una obstinacion comun á todos los hereges, no quisieron someterse al silencio que el emperador les imponia: Alejandro por otra parte y su clero bien seguros de que se hallaban en posesion de la verdad, cuyo sagrado depósito debian conservar y transmitir, no podia consentir en retenerla encerrada con el silencio, sin comunicarla á los fieles. Esto fué para Ossio ocasion oportuna para hacer conocer al emperador la verdad en toda su estension, y la grandeza del mal que afligia á la Iglesia.

(AÑO 325 DE JESUCRISTO.)

CONCILIO DE NICEA.

EL emperador Constantino, habiendo visto el poco efecto que habia producido su carta, resolvió, por consejo de los obispos, hacer que se celebrase un concilio ecuménico, esto es, universal, para des-

truir al error, y reprimir á sus partidarios. Bajo los emperadores paganos, no se habian podido tener tan numerosas asambleas; pero Constantino llegando á ser señor de todo el imperio, podia ejecutar este designio tan digno de su piedad, y no puede dejar de admirarse la providencia que hizo entonces fácil su ejecucion, reuniendo tantas provincias bajo el imperio de un solo hombre. La ciudad de Nicéa fué electa para lugar de la asamblea, porque estaba inmediata á Nicomedia, donde residia el emperador. Constantino mandó entonces á todos los obispos, rescriptos invitatorios para empeñarlos á que concurriesen, y dió orden de que se les proveyese de refrescos, víveres y todo cuanto fuese necesario para el camino. El asunto era de muy grande importancia, para que los obispos no accediesen á este llamamiento con la mas grande solicitud: así es que muy pronto se juntaron en Nicéa trescientos diez y ocho obispos, reunidos de todas las provincias del imperio, sin contar los sacerdotes y los diáconos. Ossio, obispo de Córdoba, presidió el concilio, é hizo su representacion al papa San Silvestre, que había enviado dos sacerdotes por no haber podido asistir personalmente á causa de su avanzada edad. San Alejandro, obispo de Alejandría, iba en compañía del diácono Atanasio, jóven aun á quien particularmente estimaba, y que le fué de mucha utilidad. Jamás se vió asamblea tan venerable. Muchos de los obispos que la componian, eran eminentes en santidad, y llevaban en su cuerpo las cicatrices de las heridas que habian recibido por la fé durante la última persecucion: tal era entre muchos San Pafnucio, Obispo de la alta Tebaida, que

habia perdido el ojo derecho en defensa de la fé. El emperador le llamaba frecuentemente á su palacio, y tenia particular placer en tratar y hablar con él; y por respeto besaba la cicatriz de la herida que habia recibido en el rostro. El dia de la pública sesion, habiendo llegado todos aquellos que debian asistir, se reunieron en una gran sala, donde Constantino entró despues de todos los demas, dando las mas grandes señales de respeto á esta augusta asamblea: quiso que los obispos tratasen con entera libertad las cuestiones de la fé: se dió principio por examinar la doctrina de Arrio, que fué citado y oido. Este se atrevió á pronunciar y defender sus blasfemias en presencia del concilio. Todos los padres se taparon los oidos y dieron muestras de la mas viva indignacion. Rechazaron con fuerza las novedades impías: opusieron contra ellas la autoridad de las Santas Escrituras, y los escritos de los primeros padres. Sobre este fundamento se estableció la doctrina de la Iglesia: declaró el concilio entonces, que Jesucristo es verdadero hijo de Dios, su virtud, su imágen subsistente siempre en él: en fin verdadero Dios. Como los Arrianos, fecundos en sutilezas, tenian astucia para eludir la fuerza de estas espresiones, y para admitirlas sin renunciar su error; el concilio no encontró término mas propio para esplicar la unidad indivisible de naturaleza, que la palabra consubstancial; y esta palabra que no dejaba subterfugio alguno á la heregia, fué despues el terror de los arrianos: espresaba con claridad que el hijo de Dios es en todo igual á su padre, y que es un mismo Dios con él. Los arrianos se resistieron; pero los padres del concilio se sostuvie-

ron constantemente adictos á este término, que vino á ser despues la señal distintiva de los católicos: estendieron entonces la profesion solemne de fé, que es muy comun, bajo el nombre de *simbolo Niceno*. Todos los obispos, á escepcion del pequeño número de arrianos, suscribieron á este símbolo, y pronunciaron anatema contra Arrio y sus sectarios. En virtud de este juicio que la autoridad secular apoyó, pero que ella no previno, el emperador condenó á Arrio al destierro. Tal fué la conclusion de esta célebre asamblea, cuya memoria ha sido siempre venerada en la Iglesia.

Adicion.—Arrio habia seguido el cisma de Melecio, obispo de Lica ó Licópolis en la Tebaida, depuesto en un concilio por el Santo Patriarca Pedro, á causa de haber sacrificado á los ídolos, y por otros muchos delitos. No por esto se corrigió Melecio, antes formó empeño de seducir á una multitud de incautos y espíritus débiles: se erigió en cabeza de secta, contentándose con decir vagamente que se le habia hecho una injusticia, con cuyo pretesto vomitó mil invectivas contra el patriarca Pedro, y llenó todo el Egipto de turbacion y escándalo: procuró ganar á Arrio para sostener su cisma: el écsito fué tal como se podia esperar de dos hombres tan propios el uno para el otro. El Santo Patriarca Pedro pudo, sin embargo, atraer de nuevo á Arrio al verdadero camino, y no solamente le admitió á la comunión, sino que le ordenó de diácono. Mas como la conversion de Arrio no fué sincera, y el santo pastor advirtió su hipocresía, lo arrojó nuevamente de la Iglesia, y no quiso oír hablar mas de este hipócrita, que llevaba muy á mal se escomulgase á los secuaces de Melecio.

San Aquilas que sucedió á Pedro en la silla de Alejandría, fué engañado por Arrio, á pesar de las prevenciones que le hizo, respecto de él su ilustre antecesor, le ordenó de sacerdote y le confirió el gobierno de una de las principales iglesias de Alejandría. Aquilas duró pocos meses en la silla patriarcal; y despues de su muerte se juzgó Arrio con mérito suficiente para ser su sucesor, y se ofendió de que le fuese preferido Alejandro. De aquí tuvo origen el pretendido agravio del sobervio Arrio, por lo que resolvió tomar venganza, y buscó ocasion de censurar la doctrina de su pastor; y en efec-

to, cuando Alejandro predicaba del adorable misterio de la Trinidad, le interrumpió diciéndole con insolencia, que predicaba el Sabelianismo. Tales fueron los principios de su monstruosa heregia.

Entre los obispos fautores principales del arrianismo, que por todos se contaron veinte y dos, fueron los principales los dos Eusebios, el de Nicomedia y el de Cesaréa de Palestina; Paulino de Tiro, Menofanto de Efeso, Aecio de Lida, Segundo de Ptolemaida, Teonas de Marimarica, Maris de Calcedonia, y Tegonis de Nicéa.

EL EMPERADOR SE DEJA SORPRENDER,

Y DESTIERRA A SAN ATANASIO.



EL espíritu de la heregia, que es siempre inquieto y revoltoso, no pudo quedar reprimido por la autoridad del santo concilio de Nicéa. Los arrianos aunque confundidos trataron de suscitar nuevas turbulencias. Escribieron al emperador y fingieron admitir la fé de Nicéa: obtuvieron el que se les levantase el destierro: trabajaron despues en prevenir al emperador con varios artificios contra los obispos católicos, y particularmente contra Atanasio que habia sucedido á San Alejandro en la silla de Alejandría, y á quien miraban como á su mas formidable enemigo: trataron de disculpar á Arrio delante del príncipe, y le persuadieron que no habia sido condenado, sino porque se habia esplicado mal: le representaron que como Arrio tenia buenos sentimientos, seria cosa muy agradable á Dios, que ordenase á Atanasio que lo recibiese en su Iglesia. Era este un lazo que tendian al santo obispo: ellos